

sar de su vida recogida, su mirada está fija en el porvenir de su pueblo. A sus oídos llega la noticia de un propósito de capitulación. Su alma se llena de dolor, pero en vez de entregarse a críticas estériles contra la autoridad, que precisamente en los momentos de peligro es cuando necesita la asistencia leal y disciplinada de todos los ciudadanos, habla directamente con los jefes, señalándoles con franqueza y respeto su error. Sus palabras son reflejo de intrepidez de su alma y de su fe en los destinos de Israel. Y no contenta con las palabras, imagina una acción heroica, que terminó con la liberación de su ciudad natal, pero que igual pudieron haberle traído la prisión y la muerte. En todo momento su actuación tiene una grandeza sublime. Sabe ver en las penalidades del asedio una prueba amorosa de la Providencia divina; tiene la audacia de declarar ante Holofernes que su raza es invencible cuando cuenta con la protección de Dios; y su primer grito, al presentarse con el sangriento trofeo, ante las puertas de Betulia, es un grito de agradecimiento y de fe:

*¡Ay de aquellas naciones
que en contra de mi raza se levanten!
Porque el Señor, que es todopoderoso,
tomará contra ellas la venganza.*

Modelo ilustre es también Judit en su austeridad, en su fortaleza interior, en su vida penitente. Antes de vencer a los que querían esclavizar a su patria, aprendió el arte más difícil de vencerse a sí misma. Desde la muerte de su marido llevaba vestidos de penitencia, y con la penitencia acompañaba su oración. De esta manera pudo tener la seguridad de obtener la gracia para salir adelante en su arriesgada em-

presa. Ayunaba cinco días en la semana, y su corazón estaba unido al corazón de Dios por una oración continua, acompañada de una gran pureza e integridad de vida. «Nadie podía decir de ella una cosa mala, porque era muy temerosa de Dios.» El jefe de Betulia pudo dar de ella este brillante testimonio: «No se hace hoy manifiesta tu sabiduría, sino que desde tus días primeros conoce todo el pueblo tu inteligencia y que es recto el sentir de tu corazón.»

La fuente de todas sus virtudes estaba en su trato continuo con Dios. Las tiernas expresiones que brotan de sus labios son un reflejo del concepto que tenía de la bondad divina y del fervor y devoción propios de una sensibilidad femenina: «¡Oh Señor, Dios de mi padre Simeón!... ¡Oh Dios! ¡Dios mío! Escúchame también a mí, la viuda, Tú que eres Dios de los humildes, auxilio de los pequeñuelos, amparo de los débiles, protector de los desvalidos, salvador de los que se encuentran sin esperanza.» Es la suya una oración ardiente, perseverante, confiada, alegre. No es posible expresar mejor la seguridad inquebrantable en el poder y en la bondad de Dios, y el recuerdo de que Dios es el creador de todas las cosas y de que todo cuanto sucede está previamente previsto y ordenado por El pone en su acento una serenidad inefable. Dios no puede permitir que sus enemigos y los de su pueblo alcancen una victoria, que ellos atribuirían a su poderío militar: «Mira a los asirios: confían en la muchedumbre de su ejército; se enorgullecen por sus caballos y sus jinetes y están ufanos de la fuerza de su infantería. Su confianza está en el escudo y en la lanza, en la honda y en el arco, y no quieren reconocer que Tú eres el Señor de los ejércitos, y el aniquilador de las batallas... Mira su altivez y descarga tu ira so-